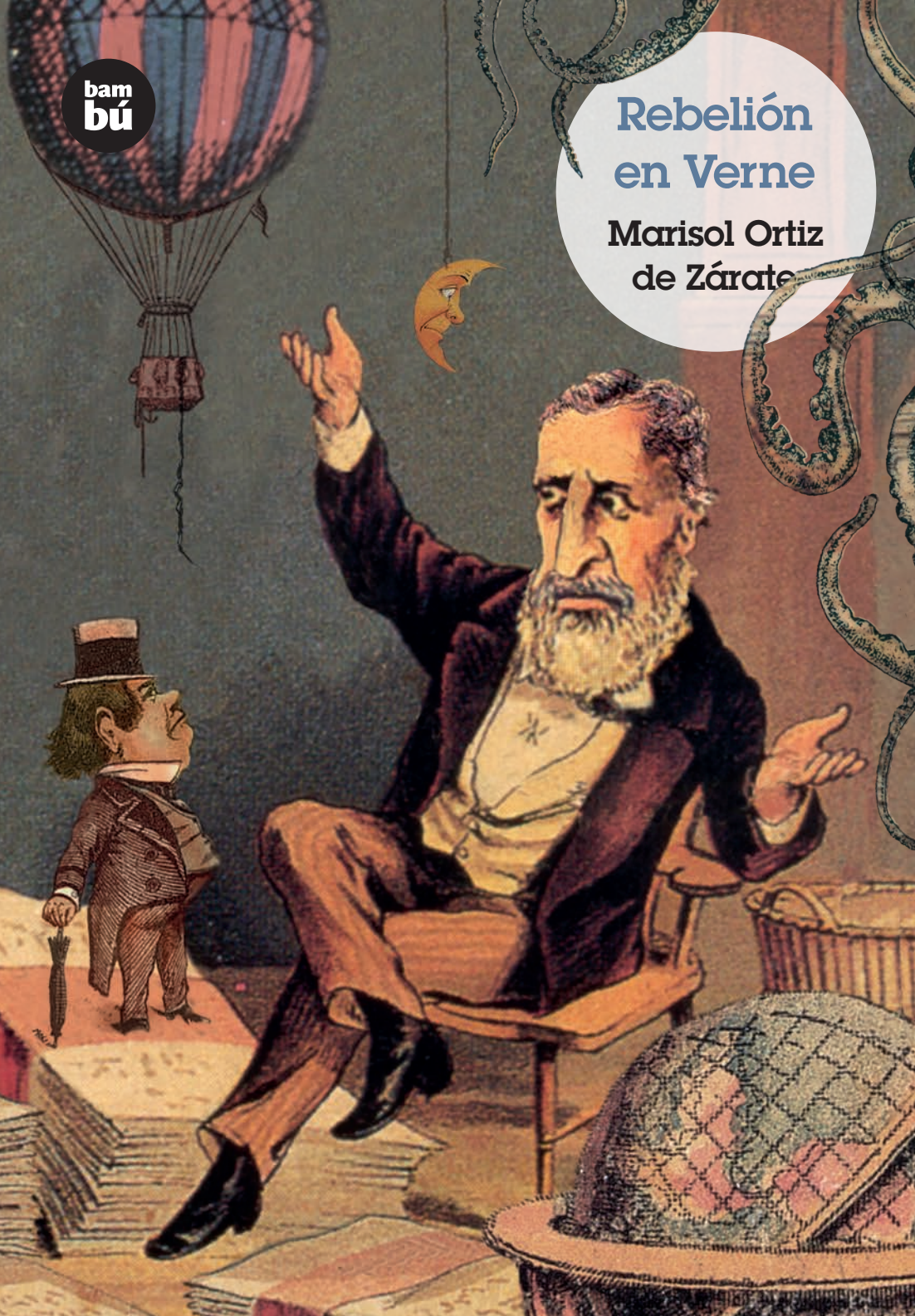


bam
bú

Rebelión en Verne

Marisol Ortiz
de Zárate



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2015, Marisol Ortiz de Zárate, por el texto
© 2015, Editorial Casals, SA
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Pere Ginard

Segunda edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-371-3
Depósito legal: B-27634-2014
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**Rebelión
en Verne**

**Marisol Ortiz
de Zárate**

**bam
bú**
EDITORIAL

Principio

Cierta madrugada del año 1886, Jules Verne estaba, como de costumbre, en el gabinete de trabajo de su casa, en el número 2 de la calle Charles Dubois, en Amiens, una sencilla y provinciana ciudad del norte de Francia.

El silencio era total en aquellas horas tranquilas del alba, así que, arropado por la calma matutina, Verne escribió:

Dos años de vacaciones

En la noche del nueve de marzo, las nubes, que se confundían con el mar, limitaban a unas cuantas brazas el espacio que podía abarcarse con la vista.

Se trataba del título y de la primera frase del capítulo primero del trigésimo segundo libro de *Los viajes extraordinarios* (¿o era el trigésimo primero o el trigésimo tercero...?), y aunque el párrafo en cuestión le pareció

aceptable, no por ello abandonó el lápiz, tan apto para eliminar tropezones lingüísticos, tan fácil de borrar. Tiempo habría de repasar aquello a tinta para transformarlo en texto definitivo.

Siguió escribiendo a buena velocidad, sin detenerse demasiado en relecturas y correcciones, algo inusual en él dado su carácter meticuloso y perfeccionista. Pero tenía cincuenta y ocho años, no era por tanto un jovencito ilusionado y vital, y se encontraba además en la época más amarga de su vida.

En las siguientes semanas se dedicó por completo a la nueva obra, una historia de pequeños robinsones en la que quince niños de entre ocho y catorce años tienen que sobrevivir en una isla desierta durante dos años solos y sin la ayuda de adultos.

A menudo Verne se fatigaba por la postura casi inmóvil del escritor y con gran esfuerzo recolocaba esa pierna inflamada y dolorida en la que una profunda herida de bala a la altura del tobillo no terminaba de curarse.

Pero seguía escribiendo.

Con frecuencia sentía desánimo, mal humor, agotamiento vital.

Pero seguía escribiendo. Había un contrato firmado que no podía incumplir; escribir era su oficio, su obligación.

Y un día, inesperadamente, algo muy fuerte sucedió en su vida e hizo que Jules Verne renunciara de golpe a continuar con esa novela. ¿Qué fue? En la soledad de su gabinete de trabajo, apartando el manuscrito de su vista, derramó odio sobre los protagonistas de la historia con inmensa e injusta acritud.

–¡Al diablo! ¡Al diablo el jovencito Briant, el envidioso Doniphan y todos los muchachos de la maldita isla!

Lo cual era excesivo y desacostumbrado, pues Verne amaba profundamente a sus personajes, en los que ponía gran ilusión, sobre todo durante la época de génesis de las novelas. Pero 1886 era su año nefasto (y no solo por el atentado que había sufrido), y una considerable depresión le embargaba hasta el punto de hundir su estado de ánimo por completo. Y ahora además estaba lo otro, lo que acababa de suceder y había provocado que los ojos secos de un hombre endurecido se ablandaran y humedecieran por las lágrimas.

De ese modo, el manuscrito todavía a lápiz y sin terminar de *Dos años de vacaciones* fue abandonado y Verne decidió que comenzaría otra novela. Esta no le estaba resultando gratificante.

Así lo hizo. Tituló la nueva obra *Norte contra sur*, y pronto se vio completamente inmerso en ella.

Mientras, *Dos años de vacaciones* permanecería en el olvido...

Capítulo uno

En el que conocemos a algunos personajes
de *Dos años de vacaciones*

Como la nieve, la desgracia llegó con el invierno.

Briant, Doniphan y los otros chicos de la isla dejaban pasar los fríos días tediosos y aburridos. De pronto ningún suceso ocurría, nada nuevo o importante que hacer. El tiempo parecía detenido mientras esperaban el regreso de la primavera que, por alguna razón desconocida, tardaba tanto en llegar.

Y el caso es que había sido emocionante hasta entonces, una aventura vivida por ellos digna de relatar: la navegación en solitario primero, sin adultos, por las aguas del océano Pacífico, partiendo del puerto de Auckland, Nueva Zelanda; la tormenta que arreció llevándolos a la deriva, la isla en la que encallaron, la exploración del terreno, la caza y la pesca para comer, el hallazgo de una cueva donde pasar el invierno...

E, inexplicablemente, de golpe había cesado toda actividad. No solo no había nada que hacer sino que tampoco

sucedía nada. Y tampoco nadie proponía nada para acabar con esa monotonía que les invadía. Así estaban los quince robinsones, a veintidós grados bajo cero, paralizados en un invierno sin fin donde los días se sucedían idénticos: la misma temperatura, la misma cantidad de nieve que no se derretía, que no crecía, las mismas pocas horas de luz.

–Esto es insoportable –se quejó Briant, el líder–. Llevamos tanto tiempo así... ¿Cuándo llegará el deshielo?

–¿No resuelves siempre los imprevistos? –adujo Doniphan, punzante–. ¿Pues a qué estás esperando? ¿O es que se te acabaron las ideas?

A Doniphan todos le llamaban Phan. Su carácter envidioso y su nacionalidad inglesa lo habían convertido en enemigo declarado del francés Briant.

–Señor su-per-do-ta-do –añadió Phan con retintín.

Briant le lanzó una mirada rabiosa, pero no contestó. Razón no le faltaba, tuvo que admitir para sus adentros. Hasta ese momento él, Briant, había tenido soluciones acertadas para todo y el grupo entero (a excepción de Phan y sus pocos seguidores) confiaba en él y aceptaba ciegamente lo que decidiera.

Y si hasta ese día había destacado por su gran capacidad resolutive, ¿por qué ahora no se le ocurría nada?

Nada otra vez. Realmente *nada* era la palabra que mejor definía esa especie de ausencia de todo, de vacío inmenso que flotaba en el ambiente.

–Otro día más así y me vuelvo loco –protestó mientras intentaba encontrar para el problema de la interminable inactividad una solución que estuviera a la altura de su talento.

Salió de la cueva en donde comían, dormían, vivían. Necesitaba perderse, evadirse; no estaba de buen humor. Caminó por la isla arrastrando sus botazas por la nieve. Le venían grandes, pues las había cogido del barco que los llevara hasta allí y pertenecían al equipo de la tripulación adulta, por lo que tuvo que esforzarse para no perderlas en el camino. Tiritando de frío recorrió el cauce helado del río hasta su desembocadura en un mar tétrico y sereno. Contempló unos instantes el yate; seguía allí, encallado en la arena, destartalado, inservible, un bulto bajo la nieve. Divisó al fondo los macizos de abetos y abedules que *con sus enramadas de escarcha cargadas de brillantes cristales, agrupábanse en la lejanía como el fondo de una decoración mágica.*¹ Cruzó el Bosque de las Trampas, espeso como una selva, y siguió hacia el norte, siempre hacia el norte, hasta que llegó a una zona desconocida que no habían explorado aún.

Y una transformación del paisaje surgida inesperadamente hizo que se detuviera en seco.

–¿Eh...? –casi gritó, asustado–. ¿Qué hay aquí? ¿Qué es esto?

Aunque, con más exactitud, debería haber dicho «¿qué NO hay aquí?» y «¿qué NO es esto?», ya que se encontraba ante un abismo oscuro en el que no se veía ni se adivinaba nada. Nada otra vez. Y era un abismo que, al igual que el invierno, parecía no tener fin. O si lo tenía, no se distinguía. La isla con sus montañas, la selva, la nieve, todo desaparecía de repente, como si una mano gigante hubiera

1. Todas las frases en cursiva son originales de las novelas de Jules Verne.

cortado el paisaje con un afilado cuchillo y hubiera escondido o borrado esa mitad. Y también la luz del sol se apagaba y dejaba paso a las tinieblas más profundas. Era algo así como un paso del día a la noche, del ruido al silencio, de lo real a lo irreal...; un paso del todo a la nada. Briant se agarró con fuerza a la rama de un árbol, pues tuvo miedo de caerse por aquella fosa negra que podía ser inmensa o infinita. Y así, agarrado como estaba, alargó despacio una mano hacia el interior del abismo y esperó.

Esperó.

Nada, no pasaba nada.

Al brazo le siguió una pierna.

Tanteó el vacío.

Esperó.

Hasta que su pie hizo tope con algo. «Hay suelo», pensó, «no es un abismo.»

Apoyaba el pie con fuerza, el suelo parecía firme. ¿Debía entrar? Iba a soltarse de la rama, iba a pasar al otro lado cuando un gran temor se apoderó de él. No es que fuera el más valiente de la clase, pero nunca había pasado por cobarde, en ningún momento de su vida, recordó en ese instante de duda. No lo fue cuando Phan, el odiado y fuerte Phan, le retó a una pelea en el exclusivo colegio para chicos extranjeros Chairman de Auckland, Nueva Zelanda, ni tampoco cuando tuvo que dar la cara ante los profesores cargando con la mitad de la culpa y aceptando un más que severo castigo. Tampoco fue cobarde durante el reciente naufragio, ni sintió más miedo del que se considera normal en cualquier circunstancia difícil de las muchas ocurridas en la isla. Pero ahora...

«¿Qué eres, Briant, un gallina?», se dijo y, sabiendo que nunca se perdonaría esa renuncia, dio al fin el paso decisivo hacia aquella noche cerrada que él había bautizado como Nada.

¡Ya estaba dentro! Había saltado y notaba el temblor de sus piernas asentadas firmemente sobre algo. «Estoy apoyado», pensó, «y entero; mi funeral tendrá que esperar.» Tardó en acostumbrar los ojos a aquella oscuridad que, de pronto, no era completa. Briant pudo así observar lo que lo rodeaba y quedó maravillado. Estaba en una habitación enorme, señorial. Frente a él había una ventana con pesadas cortinas de cretona descorridas que dejaban entrever un jardín alumbrado por una farola de gas. De esa farola procedía la luz.

–¡Ma... ma... magnífico! –susurró sin precaución, olvidando que alguien podía escucharlo.

Paseó la vista por la habitación. Había en ella algo irreal y parecía demasiado grande para Briant, como si fuera vivienda de cíclopes o gigantes. Había una mesa de escritorio junto a la ventana. Había una cama en un rincón, cerca de la mesa, y sillas tapizadas, y alfombras, y una chimenea. Pero lo que más llamaba la atención era la abundancia de libros, tantos o más que en la biblioteca de su colegio, el Chairman de Auckland, Nueva Zelanda. Briant, que era un obstinado lector, no podía apartar los ojos de ellos. Los había de todos los tamaños. Algunos eran muy viejos. Por cercanía, se fijó en un grupo de novelas con las cubiertas profusamente ilustradas que guardaban una relación de semejanza. Briant pensó que formaban una colección porque sobre el título de cada una aparecía escrito un lema general y además eran todas del mismo autor.

–*Los viajes extraordinarios*, por Ju-les-Ver-ne –deletreó Briant sin esforzar mucho la vista en la penumbra: como la habitación, también los libros y las letras de los libros eran extrañamente grandes.

Y como el idioma que dominaba tan magnífica biblioteca era el francés, Briant dedujo que el dueño tenía por fuerza que ser compatriota suyo.

Pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿Por dónde había entrado? Se dio la vuelta y miró. No se había movido ni un paso y detrás de él no había abismo oscuro ni puerta, sino un taco de cuartillas de papel sujetas con cuerda de bramante. Briant se frotó los ojos. ¿Soñaba? Estaban escritas a lápiz, con una caligrafía borrosa, difícil de leer. El texto solo ocupaba la mitad izquierda del papel. En la mitad derecha había apuntes, dibujos, tachaduras, correcciones. Parecía el borrador de una carta muy larga o acaso el manuscrito de una novela. Qué extraño era todo. Comenzó a leer: *Dos años de vacaciones. En la noche del nueve de marzo...*, empezaba el manuscrito con rigor de suceso real.

Briant tuvo una sacudida interna.

–Nueve de marzo... –dijo en voz baja–. Qué casualidad, la noche de nuestro naufragio.

Soltó el bramante para seguir leyendo. Su odisea, la odisea de los quince naufragos estaba escrita ahí, paso por paso, día a día, tal como iba sucediendo. No podía existir una manera más verídica de contarla. La misma isla, las mismas situaciones, los mismos chicos diciendo las mismas palabras. Las páginas de papel le pesaban un poco al levantarlas para volverlas, pero aun así él, mudo por la emoción, las devoraba.

Siguió pasando hojas manuscritas, la mayoría ahora sin leer, o leyéndolas por encima, porque Briant ya había comprendido que lo que se relataba en ellas era su propia historia. Quería llegar al final, a la última frase escrita, convencido de encontrar en su lectura la solución al misterio que lo obsesionaba.

...el termómetro descendió hasta veintidós grados bajo cero. A poco que se expusiera uno al aire exterior, el aliento se condensaba en nieve, leyó Briant.

Y no había nada más, en esa frase acababa todo.

Tardó unos minutos en darse cuenta de la realidad, de quién o qué era él, y de cuál era su misión, el sentido de su vida.

—¡Dios! ¡Tan solo soy un personaje de novela! Conque era eso... Ahora entiendo por qué no llega la primavera.

Atrapados. He ahí la cruda situación. Atrapados en la cueva a veintidós grados bajo cero y con un invierno interminable como carcelero.

El ruido prolongado de un tren lo arrancó de su ensimismamiento y, a la vez, un bulto que había en la cama tosió y se revolvió. Briant podría haberse escondido, o marchado, o asustado como mínimo, pero se hallaba en estado de shock, demasiado atontado para sentir algo. El bulto de la cama se incorporó y, ayudado por un bastón que tenía junto a la cabecera, comenzó a levantarse. Parecía un hombre mayor, de obesidad incipiente y de andares muy torpes.

Cojeando de manera exagerada, el hombre se puso un pantalón y una bata sobre el camisón de dormir y se dirigió a la mesa que había junto a la ventana. Era aún noche

cerrada y el hombre encendió un quinqué. Luego afiló sus lápices, preparó una cuartilla y comenzó a escribir. Utilizaba solo la mitad izquierda del papel. Murmuraba cosas en francés. Se oyó entonces el ruido de la puerta. Entró alguien, un criado. Se dirigió al hombre cojo y le llamó *monsieur* Verne. Briant, reaccionando, corrió a refugiarse en las hojas del manuscrito de donde había salido.

Un calendario de la habitación que Briant acababa de abandonar mostraba la bonita estampa de una ciudad de casas apretadas por entre las cuales discurría un río. Los tejados de las casas eran grises, el río verde oscuro, el cielo muy azul. La vía de tren cruzaba la ciudad como la costura de una falda. Bajo la estampa venía escrito el nombre de la ciudad, en letras gruesas y negras, y el año en curso. El reloj de pared marcaba las cinco de la madrugada cuando Briant oyó pasar el tren.

El muchacho dedujo así que había viajado a Amiens, Francia, un día del año 1886, a las cinco de la madrugada.

Y ahora volvía a encontrarse en su isla, caminando al encuentro de sus compañeros, mientras el cangrejo de la decepción lo corroía y arañaba por dentro.

Capítulo dos

De cómo comienza a surgir la idea de una rebelión

El rostro de Briant estaba al rojo vivo cuando entró en la cueva, poseído de una gran alteración. «¡Personajes!, simples personajes de una novela», se decía con profundo desánimo, aceptando que la acción de la historia no se reanudaría mientras el autor no quisiera.

Contó con todo detalle cuanto le había sucedido, recibiendo la mirada atónita de sus compañeros, que sin embargo no dudaron de la veracidad de la historia.

–Y es por eso que no llega la primavera –concluyó–. No hay nada más escrito sobre nosotros, nos han abandonado en pleno invierno y, si queréis saber mi opinión, nuestro manuscrito parecía realmente olvidado.

–¿Qué te hace pensar eso? –dijo alguien.

Briant cabeceó con tristeza, bajando la mirada al suelo.

–Estaba atado con cuerda de bramante. Bien atado. Y el escritor escribía algo diferente, otro manuscrito.

Se hizo un espeso silencio. Los chicos estaban pensativos. En un principio parecía que nadie tuviera nada que decir, pero luego las opiniones surgieron atropelladamente. Que si estaban a merced de un hombre poco serio..., que si no podían permitir que los abandonase..., que si debían rebelarse, decidir ellos su destino, amotinarse...

–¡Eso, eso! –gritaron varios a coro–. ¡Un motín, una rebelión! ¡Rebelémonos!

La voz de Gordon, el jefe, catorce años, norteamericano, se elevó sobre las demás.

–¡Eh, eh! Dejad de hablar todos a la vez. Hay que tomar una determinación, pero una determinación meditada. No debemos olvidar que estamos a veintidós grados bajo cero y que a esa temperatura no hay mucha movilidad.

–Bien claro lo dice el manuscrito –dijo Briant–, que con este frío, hasta *el aliento se condensa en nieve*.

–¿Y qué propones tú? –preguntó Gordon.

–Desde luego volver a entrar en esa Nada. Regresar a Amiens, al estudio de nuestro creador. Una vez allí...

Una voz seca lo interrumpió.

–¿Cómo sabes tú que ese hombre que viste es nuestro creador? Porque aquí todos parecemos muy listos...

Había hablado Phan, el envidioso. Briant pudo haber contestado que un manuscrito inacabado generalmente siempre se encuentra en casa de su autor. Pero era tan obvio que decidió dejarlo. Dijo tan solo:

–Ese hombre es francés, como nuestro manuscrito. Todo encaja. Una vez allí, en el estudio de nuestro creador, investigaremos por qué hemos sido abandonados. Lo primero que hay que hacer es buscar la respuesta a esa

pregunta. Así sabremos de paso si podemos tener perspectivas de futuro. Una respuesta a una pregunta. Y si no hay una razón de peso para abandonarnos, yo seré el primero que se amotone.

A todos les pareció correcta esta idea y convinieron en que solamente Gordon y Briant cruzarían la línea. Los demás esperarían en la cueva. Pero como de costumbre, Phan mostró su discrepancia exigiendo una razón que justificara su ausencia en el proyecto.

–Si Briant va, yo también voy. Soy mayor que él y mayor que tú, Gordon, no lo olvides, te llevo un mes.

Empezó una disputa tremenda, los británicos apoyaron a Phan. Hablaban de trato discriminatorio, de conspiración contra ellos. Pedían una votación. Se insultaban unos a otros. Se montó un completo guirigay.

–De acuerdo, de acuerdo –dijo Gordon, que era pacífico y cabal–, ahora menos que nunca debemos pelear, ve tú en mi lugar. Tal vez sea mejor así, la isla os esperará con su jefe al mando.

Al día siguiente Briant y Phan salieron en cuanto amaneció para aprovechar las escasas horas de luz que el ta-caño invierno austral prodigaba, y con Briant a la cabeza se encaminaron hacia la imprecisa frontera de la que ya había hablado.

De nuevo el abismo tenebroso, la oscuridad profunda, la interrupción brusca del paisaje.

–Ya ves como no os engañé. Eso es el fin de nuestra isla y también de nuestra historia.

–Historia que ese tío como se llame –dijo Phan, ásperamente–, por lo que parece, ha dejado en el olvido. ¡Mil

diantres! Maldito, maldito perezoso. ¿Tanto cuesta sentarse a escribir?

Briant, mirando sobrecogido la negra fosa, dejó a su compañero desahogarse sin intervenir. Luego dijo:

–Oí que le llamaron Verne, Jules Verne. Había muchas novelas escritas por él. Así que no lo maldigas, Phan. Ese hombre es casi un anciano y está cojo. Tenía un aparatoso vendaje en el tobillo, se quejaba, utilizaba bastón. Pero se levantó tan de madrugada que no había amanecido aún. ¿A trabajar? Eso parecía. Y en la misma pieza donde duermo, ¡desgraciado! No lo observé mucho tiempo, pero te aseguro que si algo me dio en ese momento, fue pena.

Capítulo tres

Nuevos personajes

Volvía a ser noche cerrada en Amiens, y Briant y Phan, tras el salto, husmeaban la habitación de Verne a sus anchas mientras la farola a gas del exterior proyectaba su tenue luz parpadeante.

Un orden meticuloso reinaba en la estancia, que era suntuosa, amplia y de diáfana ventana. El mobiliario en cambio era austero y funcional. Las estanterías con libros y papeles lo llenaban todo. En la cama del rincón, Verne dormía con respiración entrecortada. Roncaba entre quejidos, tosía, emitía ruidos muy raros.

–Investiguemos –dijo Briant.

–Sí, pero ¿por dónde empezamos? –dijo Phan, atosigado.

Era una pregunta difícil de contestar.

–Ayer me fijé en una colección de libros: *Los viajes extraordinarios*. Están escritos por él. Hay muchos títulos y varias ediciones y ejemplares de todos ellos. Por sus pá-

ginas desfilarán personajes como nosotros, tal vez nos puedan ayudar. Comencemos por *Cinco semanas en globo*, mira la fecha, es el más antiguo de todos.

–¿Y? –dijo tontamente Phan.

–¡Pues que serán personajes más sabios! Cuanto más viejos, más sabios. Venga, vamos adentro.

–¿Podremos? –preguntó Phan con sorna, sin terminar de creer cuanto le estaba sucediendo.

–¡Claro, es muy sencillo! –dijo Briant sin ofenderse–. Si todos pertenecemos al mismo autor, de la misma manera que podemos salir de nuestro manuscrito, también podremos entrar en cualquier otro libro de ese hombre. Personajes, Phan, ¿olvidas que solo somos personajes?

Algo iba a replicar Phan, pero un pitido prolongado hizo que se sobresaltara.

–Es un tren –explicó Briant–. Ayer también pasó, a la misma hora.

Y tras el ruido del tren, nuevamente el murmullo de sábanas y los movimientos pesados de Verne, que ahora se levantaba. Briant no se sentía tranquilo.

–Vamos, entremos en el libro de una vez.

–¡Espera! –dijo Phan–. Es nuestro creador, según tú, ¿no? Algo así como nuestro padre. Pues bien, quiero conocerle, quiero mirarle un rato y ver qué hace.

Escondidos en una estantería, los dos chicos espionaron a Verne. Era alto y corpulento. ¿Sería alto y corpulento en realidad? Porque para ellos todo parecía demasiado grande en ese mundo extraño que estaban descubriendo. Caminaba apoyado en un bastón, maldiciendo su torpe cojera mientras encendía la luz del quinqué. ¡Qué cansado parecía!